

El olvido del otro

Mtro. Omar Olvera Cervantes

En las épocas pasadas de nuestra historia, **la muerte tenía gran relevancia social y ritual**; para nuestros antepasados la muerte no tenía un aspecto cruel o condenatorio y en realidad no se le temía. Tenía un aspecto que se interpretaba desde una mentalidad ritual. La forma en que acontecía la muerte era muy importante. Es curioso el hecho de que existiera un concepto semejante al del más allá al del cristianismo.

En ese entonces, se buscaba una forma de muerte honrosa: la mejor forma de morir tenía que ver con la muerte propia de los guerreros en batalla, con la muerte materna durante el parto y, sobre todo, con la muerte sobre la piedra de sacrificio.

Nuestra cultura nos ha hecho relacionarnos con la muerte como un hecho biológico inevitable, con una causalidad diversa que tiene que ver con nuestras conductas, la forma de alimentarnos, con las adicciones, con la violencia en sus distintas formas.

Esta realidad diversa, muchas veces trágica por la forma en que acontece, nos hace intentar **borrar las huellas de la muerte** en nuestra conciencia; tratamos de no pensar en ella, pero no por eso se aleja de nosotros, permanece ahí y somos testigos de su presencia por medio de la muerte del otro.

La cosmovisión de nuestros pueblos tenía que ver con un más allá, con un **anhelo de inmortalidad**: los muertos eran personas que, finalmente, despertaban como de un sueño y emprendían una nueva vida, en la tierra del dios que les acogía; ahora eran espíritus o dioses si sus hazañas terrestres así lo ameritaban.

Nosotros ahora justificamos nuestra existencia con argumentos de tipo tecnocrático, consumistas y hedonistas que han contribuido a este **desplazamiento de la muerte del mundo de lo simbólico al ámbito de lo técnico e impersonal**. Estamos atrapados en la cotidianidad, sin previsión para el futuro inmediato y, muchas veces, sin la expectativa de una trascendencia; ahora pretendemos **una eternidad tecnificada** por medio de la digitalización de nuestra conciencia, lograda mediante el uso de nuestros recursos tecnológicos. No esperamos compartir la eternidad con nadie, la idea del paraíso prometido se ve como parte de algún relato mitológico, esto es también una consecuencia de la sumisión de los argumentos teológicos a los márgenes de la razón.

Quizás ignorar y negar la muerte pueda ser una forma de facilitar este convencimiento y de reforzarlo, porque **la muerte se percibe como la condena a ser olvidados**. La cosmovisión de nuestros pueblos evitaba el olvido, porque en sus celebraciones religiosas se recordaba la memoria de un dios y también al conjunto de difuntos acogidos en el reino celestial, marino o del inframundo, en el que estos ahora existían; se tenía cierta certeza de la suerte de los parientes y seres queridos por la forma en que éstos habían muerto. Eran celebraciones comunitarias, que tenían como sentido el reunirse con la estela de antepasados, para pedir su protección, bendición o consejo.

La muerte tenía un mayor protagonismo social y tenía **un carácter simbólico que le daba un significado trascendente a la vida**, ya que unía dos realidades, la inmediata y la trascendente a la que se aspiraba. Este carácter sagrado influía en la forma de vida en este mundo, impidiendo la banalización de la existencia y no sólo la del hombre: el vínculo con la naturaleza era en la misma sintonía de lo sagrado.

No sólo no aspiramos a compartir la eternidad con nadie, tampoco pretendemos compartir los beneficios, el espacio, la tierra; nos hemos empezado a olvidar entre nosotros, **nos estamos olvidando del otro**; el otro no se ve como semejante, no vemos a un prójimo porque incidimos en la distancia que resulta de las diferencias. Vemos como se aplauden los discursos racistas...

Si bien no comparto la postura ética de Peter Singer, por las consecuencias al respecto de una valoración disminuida de la dignidad de la vida humana, sí le concedo importancia, en este tema, al valor que tiene de **poner sobre la mesa también el sufrimiento** que se infringe por parte de la especie humana a los seres considerados inferiores: a los animales, que son torturados para deleite de muchos o asesinados sin un motivo de necesidad y podemos ver sus cuerpos presentados como trofeos.

El hombre occidental pretende distinguirse por la “confianza en la razón” y la “idea de progreso”; se abrió la idea de la posibilidad de una mejora indefinida de la condición humano-social; esta hegemonía acabó **relegando las cuestiones éticas**, y subordinando la razón política. Se ha olvidado que la economía no debe ser una ciencia puramente pragmática, sino que debe estar orientada, como ciencia y razón instrumental, por una motivación ética y en vistas a servir al hombre: el valor absoluto ya no es la vida humana.

En ese sentido es que hay **muertes que se temen más que la muerte definitiva** y que terminan por banalizar la verdadera muerte: el fracaso económico, amoroso, la muerte social o política...

Este **vaciamiento de sentido** transforma esta cultura en un campo en el que se busca “un plus de vida” a base de adrenalina, se actúa la muerte del otro de la manera más inmisericorde posible, como un negocio frente a una sociedad que simula ser incluyente. Muchos seres humanos quedan entonces sumidos en la perplejidad, en la angustia existencial, sencillamente porque la razón instrumental no sabe decirles quiénes son o simplemente no son incluidos en el ideal de progreso.

Hasta hace no mucho, la muerte era el fin de la vida física y el inicio de la aventura hacia una forma de vida espiritual y gozosa, pero el binomio sobre el que se erige nuestra cultura, razón – progreso, ha **reducido lo humano y su cultura a su expresión mínima** en cuanto a la funcionalidad y eficiencia.

Es evidente la existencia de una postura que ha ido **desvinculando al hombre de esa necesidad de trascender**; al conformarse con resolver necesidades inmediatas, al mirar su realidad por medio de una pantalla, etc., el modelo de vida que se persigue tiene que ver con tener cosas, con proyectar una imagen, importan más los *likes* que el contacto directo con el otro.

La vida que se vive con sentido, con esa **expectativa sagrada de trascendencia**, no tiene motivos de temor. La muerte se abraza, incluso se desea; es así como nuestros antepasados podían incluso celebrarla como una fiesta. Por opuesto que parezca, la muerte proveía vitalidad a la vida y - aún más contradictorio - era **generadora de sentido**. Se le buscaba con pasión y se le enfrentaba de forma serena, quizás con una carcajada; lo vemos en las representaciones en esculturas o pinturas antiguas, donde vemos esqueletos bailando, mostrando sonrisas, quizás hasta encontremos alguno lanzando

una carcajada. La muerte manifestó su presencia se manifestó en los mitos, se la encuentra como un ser vivo y dinámico; constituyó un pilar de la ideología social y política; en el imaginario popular ciertos tipos de muertes eran deseadas, al ser motivos de prestigio humano y trascendencia divina; permeaba toda la actividad cultural de la poesía a la escultura, de la educación al juego, de la arquitectura al símbolo, de la religión a lo cotidiano, de la paz a la guerra, su búsqueda era inquieta y su llegada, serena.

La vida y la muerte no eran extremos opuestos, eran solo **momentos diferentes dentro de un ciclo**, una antecede a la otra de forma continua, una genera a la otra, sin distinción, de manera que no existe una muerte inútil. Todas conllevan una finalidad y una trascendencia, todas contienen un sentido y cada una se relaciona con el todo.

De este mismo modo **no existen vidas sin sentido**, cada vida humana o animal, cada fenómeno natural o cósmico aporta contenido al sentido sagrado de la existencia. La vida natural se respeta, no porque se le haya vinculado a alguna deidad, sino porque la vida de cada persona tiene su espejo en la vida natural de la que procede. Se hablaba de la muerte como una realidad inevitable, pero no una realidad negativa; sino más bien como una **oportunidad de trascendencia**, no como un camino al olvido, sino todo lo contrario, como un medio para encontrarse en la estela de seres eternos.

Es la oportunidad también de que cada persona se asuma como parte del mundo que habita, contingente e igual a sus semejantes mortales, es la oportunidad de descubrir que compartimos el mundo con otros seres vivos que igualmente tienen el derecho a existir y a ser cuidados por el hombre que posee el poder de la razón. La mirada dirigida al otro significaría: soy tu igual, me importas, estoy aquí contigo, ¡te recordaré!...